

EL EFECTO KATTIE DE LA LUNA

No he podido dejar de pensar en ese sueño. Las imágenes las tengo muy claras, sobre todo la sensación, que no me ha dejado concentrar en los textos que debo hacer. Los intentos para olvidarlo y enfocarme en mis preocupaciones reales son absurdos, tanto como lo que soñé. No he visto por la ventana, no me he asomado, las cortinas están cerradas, aunque entra la claridad. Jack, mi perro, me mira con interrogación, sabe que algo no está bien.

Anoche me acosté muy tarde leyendo y me he levantado temprano, así que dormí muy poco, estoy segura de que ese sueño me ocupó toda la noche. Nada de lo que ayer

vi, nada de lo que hice tiene que ver con las imágenes que se confabularon en mí.

Pero, la sensación, la emoción aterradora, sí me recuerda algo: yo, pequeña, sentada en las piernas de mi abuela, llorando, sin saber cómo llegué ahí, despertando de una pesadilla, la misma, la inefable, pidiéndole que nunca más me dejara quedar dormida. Esa sensación jamás volvió a mí desde que pude controlar mis tiempos de sueño, jamás me había sucedido en la noche, aquel mal sueño había quedado en las siestas de la tarde del pasado... Hasta anoche.

El sueño tenía la claridad que esta tarde me ha obligado a escribirlo. Una oscuridad azul clara, no hay otra descripción. Estábamos

con mi mamá mirando por encima del tejado de nuestra casa, mirábamos esa cosa extraña, evento raro. Era la luna, pero no la misma luna marfil y gorda, era una luna gigante, enorme, que tenía ojos azules y me miraban inquisidora, enormes ojos azules puestos en mí. Escribo con el dolor de su mirada, jamás la olvidaré, era atroz. Tenía además una sonrisa exagerada, una boca larga y quieta. ¡No lo soporto! Su mirada es un recuerdo inherente.

Con mi mamá y mi hermana teníamos miedo. Había curioso auto, tan pequeño que adentro sólo cabía una persona y quien lo manejaba debía estar encima. Decidimos ir a pocas cuadras de la casa, al parecer había un grupo de personas que no estaban muy

lejos y tal vez sabían acerca del porqué de esa extraña malformación. Mi mamá se hizo adentro, mi hermana conducía y yo me paré atrás como si fuera en los patos de una cicla.

Recorrimos mucho. No hacía frío, apenas un vientecito tibio. Entonces el largo camino me daba tiempo para pensar, y lo hice, en el sueño medité en lo aterrador y en que era mejor no pensar en ello. La ciudad estaba sola, entonces les dije que nos habíamos pasado, que debíamos devolvernos, creía que ningún lugar podría resguardarnos. Regresamos, y ese fenómeno estaba aún mirándome sonriente y patéticamente yo intentaba no verla. Sólo sé que la miré dos veces, pero sé también que eso bastará para tener sus ojos azules por siempre.

Entramos a casa y me dije que, tal vez, todo tendría una explicación científica. Me conecté a facebook y le dije a alguien que si sabía la causa de ese fenómeno, me envió unas páginas que curiosamente llegaron a mí como hojas de papel. En ellas estaba escrito *El efecto Kattie de la luna*. Una explicación científica del hecho, tal como yo lo quería. No quise buscar más sobre ello, unas fotografías sobre el fenómeno me hicieron abandonar la lectura.

Luego desperté. Pero desperté con esa claridad azul de la noche metida en mi cabeza. Si tuviera que verla de nuevo sé que no tendría fuerzas para hacerlo, no resistiría su mirada. Jack se me acuesta al lado, sabe que algo pasará, lo presiento en su letargo, ni

siquiera ha intentado desafiar lo que hay afuera, se ha resignado a ver las cortinas cerradas.

-Buen perro, lindo perro.

Roa, Nathalia. "El efecto Kattie de la luna" Bogotá, 2020. Internet. <www.nathaliaroagarces.com>